



LOS PESARES DE UN REY DE CINCO AÑOS.

Mas de una vez sin duda, viendo las suntuosas moradas del Palacio de Aranjuez, de San Ildefonso; esos jardines de anchas calles de árboles; esos parques espesos que abrigan en su ramaje los ruseñores, viendo pasar coches dorados, tirados por caballos vigorosos que galopan y relinchan; aperciviendo delante y detrás tanto lacayo tan ricamente vestido, os ha sucedido envidiar la suerte de los hijos de los reyes. Voy á referiros sobre este particular la juventud de un rey. Este rey era rey de Francia, cuando la Francia era la reina del mundo civilizado. A ningún príncipe tal vez la suerte habia con mas profusion prodigado las probabilidades de la dicha. Hermoso mas que ningún otro hombre en Francia, victorioso en el es-

terior, en el interior decorado por su pueblo con el título de *bien amado*. Os contaré algunas de las penas que han enristecido su infancia primera, porque era rey á los cinco años, y en mi narracion no hallareis un pensamiento, una línea, una palabra que no sea verdadero y tomado escrupulosamente de la historia.

En el mes de octubre de 1715, Luis XV, de edad de cinco años y siete meses, estaba en Vincennes habitando aquel palacio desde la muerte de su abuelo Luis XIV. El bosque aunque todo despojado de hojas, tenia sin embargo todavia cierto encanto: las primeras nieves habian blanqueado las calles, y las copas desnudas de los árboles, donde saltaban las palomitas, cuyas cabezas de un celeste pálido, contrasta entonces tan bien con las sombrías tintas del paisaje. Habian vestido de color de violeta, (este es el color consagrado al luto de los reyes), al pequeño Luis, demasiado jóven aun para que la idea de la muerte, tan fugaz en los otros hombres, pudiese enristecer su imaginacion, se entregaba con ardor á los juegos de su edad, con los compañeritos que le habian dado. Se trataba para el día siguiente de una gran partida; habia tambien caido nieve; el rey habia dividido sus compañeros en dos campos, y debian darse un combate con bolas de nieve, por la mañana, antes que los primeros rayos del sol hubiesen comenzado á derretir las municiones de guerra. Soberbios desaffos habian sido dirigidos y aceptados con la misma arrogancia. Luis, gefe de un partido, se habia quedado dormido pensando en el plan de batalla, imaginando emboscadas y hábiles maniobras para sorprender al enemigo y asegurar la victoria á los guerreros que habia puesto bajo su bandera.

Apenas el día empezaba á clarear, cuando el rey queria levantarse para llegar el primero al campo de batalla, y tomar con anticipacion sus medidas; mas su ayuda de camara le anunció que madama de Ventadour, su aya, habia prohibido que le vistiesen tan temprano. En este momento entró Mr. de Villeroy su ayo, que le repitió diez veces y le hizo aprender de memoria un discursito que debia pronunciar ante toda la corte. El príncipe preocupado y contrariado en su partida que le destruian, daba poca atencion al discurso y no le retenia. Mr. de Villeroy se impacientaba, y su impaciencia solo servia para intimidar al niño, que entonces lo olvidaba todo.

Madama de Ventadour entró; vistió al rey con un vaquerito plegado y con mangas pendientes, de paño color de violeta: ella le puso un gorrito de cendal violeta, forrado de paño de oro; le puso un cordon celeste que tenia pendientes las cruces de la orden de San Luis, y la orden del Espíritu Santo: hasta allí todo iba bien; el traje era hermoso y rico, y Luis se

complacia de verse así adornado; mas cuando madama de Ventadour quiso ponerle andadores de tisú, que para indicar su edad se habia decidido añadir á su vestido, el pequeño rey reusó obstinadamente dejárselos acomodar. ¿Por qué ponerme andadores? decia, acaso mis piernas no tienen fuerza para sostenerme? Mirad, yo corro todo el día en el bosque sin caerme nunca, salto por encima de los fosos sin hacerme mal; y tambien para mantenerme sentado en una carroza y sobre un sillón, quereis que lleve andadores. Os advierto que no quiero ponérmelos; se ponen andadores á los niños de pecho.

Pero señor, dijo madama de Ventadour, el uso quiere que se os pongan andadores mientras vuestra educacion no esté confiada á los hombres.

El uso, replicó el reyecito, consiste en poner andadores á los niños que no saben andar; y como yo marchó tan bien como tú, mi querida mamá, no quiero ponerme andadores. Aqui hay ancianos que ya no se pueden tener, podeis ponerle á ellos los andadores; en cuanto á mí no los quiero. No gusto que mis compañeros se burlen de mí.

La discusion fué larga: se necesitó de la autoridad de Mr. de Villerroy y de Mr. Fleury, reunidas á la de madama de Ventadour, para decidirle á dejarse poner los andadores, y todavia consintió de la mas mala gana del mundo.

Ya vestido, Mr. de Villerroy, le hizo otra vez repetir su discurso, y entraron en el coche. Luis descubria á lo lejos sus compañeros dando sin él la gran batalla, en la cual habia creído deber tomar una parte tan gloriosa. Se apercibian por entre los árboles, las fortificaciones de todas suertes, y los centinelas en sus puestos. Se mantuvo sin hablar todo el tiempo que duró el camino, mas cuando llegó al arrabal, todo el pueblo estaba á las ventanas y en las calles para verle pasar. Se bajaron los cristales de la carroza, para mostrar el rey á sus súbditos, que llenaban el ámbito de la ciudad con sus aclamaciones. El frio era vivo; así que se halló que el rey estaba pálido y molesto, aunque en el fondo disfrutase completa salud; pero él tenia de su madre, á la que se parecia singularmente, la particularidad de mudar de color, de un momento á otro, y muchas veces sin causa alguna aparente.

Habiendo llegado el escudero mayor, lo tomó en sus brazos, y lo llevó desde la carroza hasta la puerta del salon del parlamento, donde el duque de Trennes, haciendo el oficio de gran chambelan, lo tomó á su vez y fue á colocarle en su trono, al pié del cual estaba sentada el aya del rey, Madama de Ventadour, que el queria mucho, llamándola comunmente *mamá*.

Luis habia recobrado sus colores; el semblantito sério, que

:

le era natural, le sentaba muy bien en esta circunstancia. Era imposible ver nada mas bello que él; tenia ojos grandes negros que adornaban largas cejas, que formaban arcos en sus estre-mos; su boquita pequeña era encantadora; su larga cabellera color de castaña caía sobre sus hombros, su talle recto, y bien cogido tenia ya una nobleza infantil, á la que tambien daba realze la belleza de sus manos y sus pies.

Entonces empezó el cortejo de todos los cortesanos, y de todos los cuerpos del Estado, y la larga letania de discursos de todas suertes y de arengas, que tenían entre otras circunstancias afflictivas, el que eran estremadamente largas. Una ceremonia tal, fatigante para todo el mundo, debia ser insoportable para un niño de esta edad. Sin embargo, se conservó largo tiempo con buen continente, y pronunció con gracia un discurso así concebido: *Declaramos al duque de Orleans, regente del reino, para administrar los negocios de nuestros estados, durante nuestra menor edad, conforme al decreto del parlamento de 2 de setiembre.*

Durante largo tiempo, escuchó con una tranquilidad que podia tomarse rigurosamente por atencion, las prestaciones de juramento, y cuanto se quiso decir delante de él; mas muy pronto pareció distraido y preocupado de una cosa que ocurría á su izquierda; esta cosa era el cardenal de Noailles, prelado muy feo, que ademas él no habia visto jamás, porque en des-gracia con el rey difunto, á causa de disputas teológicas, habia mucho tiempo que no venia á la corte. Mr. Villeroy notó esta distraccion, y se fatigó inutilmente en hacer señas con los ojos y la cabeza á su educando, para que apartase la vista de Mr. de Noailles, y los fijase de frente ó ácia cualquiera otra parte; la pantomima del ayo, no tubo otro resultado que impacientar del todo al rey, ya muy fastidiado con lo prolongado de la ceremonia; y con una voz llena de mal humor y lágrimas es-clamó: déjame, déjame. En fin, la noche vino á terminar aquel aburrido día, y cuando el rey regresó á Vincennes, la nieve se habia derretido.

La corte de Francia estaba entonces entregada á grandes divisiones: el duque de Orleans Regente, y sobre todo su ministro Dubois, no eran amados ni por el mariscal de Villeroy, ayo del rey, ni por Mr. Fleury, su preceptor, ni por el duque de Maine. El mariscal de Villeroy, hombre de costumbres severas y de una virtud algunas veces un poco brusca, no podia disimular su adersion al duque de Orleans, ni su desprecio al cardenal, y de cuando en cuando dejaba escapar espresio-nes muy ofensivas.

Bajo el reinado de Luis XIV, el espíritu de partido, apro-vechándose de las desgracias que habian arrebatado en poco

tiempo toda la familia real, habia atribuido al duque de Orleans aquellas muertes que parecian allanarle el camino del trono. Un rumor que la historia ha hallado calumnioso y sin fundamento, habia acusado al primer príncipe de la sangre, de haber envenenado á sus parientes.

Sea que el odio de Mr. de Villeroy le cegase hasta el punto de hacerle realmente dar crédito á esas acusaciones, sea que este odio le hiciese solamente desear que dichas imputaciones continuasen pesando sobre la cabeza del regente, él aparentaba no dejar nunca al rey, durante las conferencias que el duque de Orleans tenia con este, y le inspiraba á su educando las desconfianzas mas alarmantes. Mr. de Fleury, apoyaba al mariscal con todo su poder, y Luis XV, á los siete años se veia rodeado de enemigos conjurados contra su vida. El no habia conocido á sus padres, el afecto que naturalmente habria tenido á estos, se habia dirigido enteramente á Madama de Ventadour, Mr. de Villeroy y Mr. Fleury, entonces obispo de Frejus.

Por eso tuvo un pesar que se acercaba á la desesperacion, cuando llegó la época en que saliendo de manos de las mugeres, debia, segun el uso, ser confiado á los cuidados de los hombres. Madama de Ventadour, le vistió por la última vez en presencia de toda la corte, recibió las gracias del regente, en nombre de la Francia, por los cuidados que habia tomado de la persona de S. M. y se despidió del rey, segun la etiqueta, besándole la mano. El joven príncipe que habia tratado de contener su emocion, se echó en sus brazos, y dió libre curso á los sollozos que lo ahogaban; *mimá, mi querida mamá, decia, no me dejes.*

Señor, le dijo Madama de Ventadour, *yo volveré; tened mucho juicio durante mi ausencia.*

Mi querida mamá, respondió el rey llorando, *si me dejais, nunca podré ser juicioso.* Dió á Madama de Ventadour, el valor de cincuenta mil escudos en pedreria, y la hizo prometer cien veces que vendria á verlo lo mas frecuentemente que pudiese.

Estubo algunos dias muy triste; muchas damas de la corte, se apresuraban á rodearle, pero no ponía atencion en ninguna; preguntaba con frecuencia: *si su mamá Ventadour volveria pronto*, y lloraba cuando se habia pasado el dia sin que pareciese.

Era la época de la feria de Loges. Una mañana, el cielo estaba del mas hermoso azul, una faja de nubarrones blancos sobre el horizonte aparecian teñidos de un sonrosado brillante por el sol naciente; las pardillas cantaban debajo de los castaños, y los vapores de la mañana se exalaban á los primeros rayos

del sol esparciendo en el aire el perfume de las flores que habian refrescado durante la noche.

Luis miraba por una ventana, y se dejaba llevar de la grata sensacion que produce siempre el principio de un dia hermoso. Vió pasar muchos grupos de niños con sus padres. Estaban vestidos de dia de fiesta, y la mas pura alegria brillaba en sus rostros: el rey preguntó que adonde iban aquellos niños, y que podia causarles tanta alegria? Se le respondió que iban á la feria de Loges, que corrian todo el dia por el bosque, por las verdes y sombrías calles de árboles, y volverian á la tarde cargados de bollos y de juguetes de todas clases.

El rey quiso ir á la feria: se aprovechó con ansia esta ocasion para distraerle de la pena que padecia desde que se retiró Madama de Ventadour. Se le vistió, y se mandaron preparar caballos. Mr. de Villerroy, su ayo, y el duque de Maine que tenia la superintendencia de su educacion, le acompañaban. El rey brincaba de alegria pensando en el placer que iba á tener en S. German durante tan hermoso dia. Le hicieron entrar en el coche en el asiento del fondo de la derecha. Mr. de Villerroy se presentó en seguida en la portezuela para subir á la carroza, mas Mr. el duque de Maine le detuvo, haciéndole observar que en su cualidad de príncipe de la sangre, tenia derecho al asiento de honor en el coche, es decir al asiento de la testera junto al rey; el mariscal replicó que no debía ceder el principal asiento sino al primer príncipe de la sangre, y de modo alguno á Mr. de Maine. Entonces se suscitó una gran disputa entre los dos sobre este asunto; ninguno queria ceder al otro. *Mas dijo el rey, poneos ambos en la testera, yo iré en la delantera.* Se le respondió al rey que no era factible; y por otra parte el consejo de regencia solamente podia decidir sobre las pretensiones de aquellos dos señores.

Pués bien el consejo de regencia, ademas de Mr. de Maine y Mr. de Villerroy se componia de

Mr. el duque de Orleans,

Mr. el duque de Borbon.

Mr. el conde de Tolosa,

Mr. el canciller de Francia,

Mr. el mariscal de Huxellas,

Mr. el mariscal de Harcourt,

Mr. el mariscal de Besons,

Mr. el anciano obispo de Troyes.

De todos estos miembros, unos estaban ausentes, otros ocupados en sus negocios ó en sus placeres; no habia posibilidad de reunirlos de improviso. Apesar de sus ruegos y de su mal humor, fue preciso que el rey bajase de la carroza y volviese á sus habitaciones; en vano le presentaron todos sus juguetes, nada

le divirtió; por la tarde puesto á la misma ventana no pudo dejar de llorar de nuevo, viendo regresar los niños, que habia visto por la mañana. Parecian mas dichosos que á su partida, si esto es posible. Hacian un ruido infernal, pero lleno de alegría, con trompetillas y tambores que les habian comprado en la feria. Se habria podido decir que se mofaban del pobre pequeño rey. Se acostó sin haber cenado.

El consejo se reunió ocho dias despues, y al cabo de largas discusiones se declaró que el asiento de honor pertenecia al duque de Maine; mas la feria de S. German habia ya concluido.

No es este el solo pesar que la exigencia de la etiqueta causó al rey. No hacemos alto en una circunstancia en que pidiendo Luis una servilleta, dos señores ambos colocados detras de él, se disputaron el derecho de dársela, y teniendo cada uno la servilleta por un extremo y reusando que su rival la tomase, el rey, despues de haber esperado mucho tiempo con las manos en el aire, se vió forzado á recurrir á una tercera persona. Mas el rey tuvo un pesar real con cierta incomodidad que experimentó algun tiempo despues.

Mr. Charron, gentil-hombre ordinario, habia hecho presente al rey de varios arcos y aljabas provistos de sus flechas, que habia traído de Turquía. S. M. gustaba reunir en la galería de Versailles ó en París sobre el terrado del palacio de las Tullerías algunos jóvenes señores con los cuales se ejercitaba en tirar flechas y manejar el arco. El habia tambien fundado sobre este asunto una orden que se llamaba la orden del Terrado, y cuya insignia era una medalla oval y esmaltada, representando por un lado una estrella y por el otro la tienda en que jugaba sobre el terrado; los principales caballeros de la orden eran el duque de Chartres, el conde de Clermont, el duque de Harcourt, los marqueses de Nesle y de Nanges. El que manejando el arco se aproximaba mas al blanco, ganaba algunas alhajas dadas por el rey, y ademas era el dia siguiente el rey de la puntería.

El mariscal de Villerroy dispuso que el joven Luis XV, bailase un bailete en imitacion del rey difunto Luis XIV, de quien era entusiasta admirador. Mas el rey no tenia todabia contraído el hábito del trato de las gentes, y aunque bailaba bien, la timidez natural en su edad le causaba con esta diversion, disfrutada en público, una fatiga que temía mucho. Se formaron no obstante las cuadrillas; mas á pesar de los ruegos del rey, se reusó admitir en ellas la mayor parte de sus caballeros del arco. La mayor parte bastante nobles para tomar parte en los juegos infantiles, no lo eran bastante para figurar con él en el baile. Privado de los compañeros que mas amaba, obligado á presentarse en espectáculo á pesar de su timidez, Luis XV bailó mal,

se fastidió mucho, hizo cesar el baile mas pronto que se creia, y conservó toda su vida una gran aversion á ese género de placeres.

Afectos mas queridos todavia no tardaron en ser contrariados en el corazon del jóven príncipe: hemos dicho la desconfianza del regente y de sus ministros en que habia sido educado, y como ya privado de madama de Ventadour, á la cual se habia acostumbrado á llamar madre, habia tambien concentrado su afecto en su ayo y su preceptor.

Mr. de Villerroy, como hemos dicho tambien, profesaba un odio profundo al duque de Orleans, y el desprecio mas ofensivo al cardenal Dubois. Su caracter irascible le impulsó un dia á arrebatarse en términos que insultó gravemente al cardenal delante de toda la corte. Era difícil vengarse abiertamente de un mariscal de Francia, ayo del rey; el ministro ofendido figura tomar el ultrage que habia recibido por un acto de demencia; pero poco tiempo despues, cuando el mariscal se dirijia por la mañana á la habitacion del rey para llenar las funciones de su cargo, halló la antecamara llena de los compañeros de placeres del regente, y á la cabeza de estos estaba Lafare, capitán de guardias del duque de Orleans. Lo rodearon, riéndolo y chancéandose, lo arrebataron y lo hicieron entrar á pesar de su cólera en una silla de manos y de allí lo pasaron á una carroza preparada de antemano, y lo sustrajeron así de la corte sin que pudiera saber exactamente si era la ejecucion de una orden del regente, ó una broma de jóvenes aturridos acalorados por un buen almuerzo. Se avisó á su servidumbre que habia marchado á su tierra de Villerroy, y que podian ir allí á buscarle, porque probablemente prolongaria demasiado su residencia.

Pero al dia siguiente el cardenal y el regente no se vieron menos embarazados. El rey habia preguntado muchas veces en el dia por su ayo, y apenas se habia contentado con los diversos pretextos que se habian dado á su ausencia; pero cuando al siguiente dia por la mañana no le vió parecer, fué el mismo al cuarto de su preceptor, el solo hombre que le inspiraba confianza, para preguntarle lo que pasaba, y tener noticias positivas del mariscal. Pero cuánta fué su admiracion y su desesperacion cuando supo que durante la noche el obispo de Frejus habia desaparecido de la corte, sin que nadie supiese su paradero. El rey no quiso escuchar á nadie, por mas protestas que se le hacian, persistia como la cosa era probable, en creer que su preceptor habia sido arrebatado como Mr. de Villerroy. Y el jóven rey no era el solo de esta opinion; unos decian que el obispo de Frejus estaba desterrado, otros se adelantaban hasta creer que el cardenal lo habia asesinado.

Conviene figurarse en efecto la situacion de un pobre niño de 9 años (esta era entonces la edad del rey) habituado desde su mas tierna infancia á creerse rodeado de enemigos que atentaban á su vida, y que, de pronto se ve privado al mismo tiempo de las únicas personas en quienes ponía su confianza y las creía su apoyo Luis se creyó perdido, no dejó de llorar, y se rehusó á tomar todo alimento: durante la noche no cerró los ojos y la pasó toda entera suspirando, gimiendo y dando agudos gritos.

Sin embargo esta vez se acusaba equivocadamente al regente y al cardenal: ved aqui cual era la causa misteriosa de la partida de Mr. Fleury.

Este y el mariscal de Villarroy, temiendo las tormentas de la corte, habian creído asegurar mejor su posicion ligando estrechamente sus intereses; se habian recíprocamente prometido por escrito, que si uno de los dos llegaba á perder su empleo, el otro debía retirarse en el mismo instante á sus posesiones, para no volver á ejercer sus funciones uno sin el otro. En el momento de la desaparicion forzada del mariscal, el obispo de Frejus habia creído deber desaparecer igualmente para ser fiel al compromiso que existia entre él y Mr. de Villarroy.

El regente asustado por la desesperacion del rey, atormentado con las odiosas calumnias que se esparcian contra él, envió correos por todos los puntos de la Francia para saber el paradero de Mr. de Fleury; en fin, la indiscrecion de un amigo lo hizo descubrir en Baviile, en casa de Mr. de Lamignon. Se le hizo comprender la necesidad de su regreso, y él creyó que en una circunstancia tan imprevista y tan difícil como la que presentaba el pesar violento del jóven Luis, podia prescindir de la promesa que habia hecho al mariscal, y volvió al lado del jóven rey, á quien costo mucho consolar de la pérdida de su otro amigo, el mariscal Villarroy.



HISTORIA SACRADA.

LAS DIEZ PLAGAS DE EGIPTO,

O LA MALA FE DE FARAON.

I.

LA LLUVIA DE SANGRE.—LAS RANAS.

El Señor ordenó á Moises que fuese de nuevo á pedir á Faraon que dejase al pueblo de Israel salir del Egipto.

—«Te establezco como el Dios de Faraon, es decir que ejercerás sobre él mi poder, tu hermano Aaron, inspirado por tí, hablará al rey de Egipto. Tu le admirarás con los milagros que harás; y como no os escuchará yo tenderé mi mano sobre el Egipto, le castigaré y haré salir de allí á mi pueblo.»

Moises y Aaron fueron á ver á Faraon.

Aaron arrojó su vara delante del Rey y sus sirvientes, y se cambió en serpiente.

Faraon hizo venir los magos del Egipto y los sabios, y habiendo cada uno de ellos arrojado su vara, se cambiaron en serpientes, que fueron devoradas por la de Aaron.

Dios permitió que sucediese así á fin de endurecer mas el corazon del rey.

Otro dia, estando Faraon á la orilla del rio, Moises y Aaron se aproximaron á él para renovar su peticion.

Aaron levantó su vara, tocó con ella las aguas del rio, que al punto se convirtió en sangre. Los peces que habia dentro murieron; el rio se corrompió y los egipcios no pudieron beber de sus aguas.

Los mágicos del rey habiendo tomado agua que estaba clara la convirtieron en sangre, por medio de licores que echaron dentro, y que la dieron un color encarnado.

Faraon á causa de esto no quiso reconocer el poder de Dios.

Esta plaga, este castigo que Dios habia impuesto á los egipcios, duró siete dias, durante los cuales el Nilo llevó solo olas de sangre.

Resistiéndose siempre Faraon á los ruegos de Moises, y no haciendo caso de las amenazas que le hacia, el Señor dijo á Aaron:

—Estiende tu mano sobre los rios, sobre los arroyos, sobre

las lagunas, y haz salir ranas que se estiendan por toda la tierra de Egipto.»

Aaron estendió la mano, y al momento el Egipto se cubrió de ranas; entraron en las casas, subieron á los cuartos, penetraron en las camas, en los muebles, en los hornos en que cocian el pan, hasta en la carne que servia para las comidas.

Los mágicos hicieron tambien lo mismo por medio de sus encantamientos; pero sucedió que despues no pudieron librarse de las ranas que habian hecho venir. Faraon no pudiendo soportar la presencia de tan feos animales, llamó á Moises y Aaron:

—«Rogad al Señor les dijo: á fin que me liberte, y á mi pueblo de todas esas ranas y os prometo dejar ir á los hijos de Israel á sacrificar al Señor.

—«Para probaros que es el Señor quien os envia este mal, y que él es quien os liberta de el marcadme el tiempo durante el cual quereis que ore, á fin de que las ranas desaparezcan.

—«Hasta mañana, dijo Faraon.

—Haré lo que me pedis, respondió Moises, con tal que sepaís que nada iguala al poder de Dios.»

Al día siguiente murieron todas las ranas en los campos, en las casas, en las ciudades, las reunieron en grandes montones y las enterraron.

II.

LOS MOSQUITOS.—LAS MOSCAS.—LA PESTE. LAS CENIZAS.

Viendo Faraon que el azote se aplacaba, no quiso oir á Moises y Aaron. Entonces el Señor hirió por tercera vez al Egipto. Aaron estendió su vara sobre la tierra, y salió de ella una cantidad innumerable de mosquitos. Los animales y los hombres se cubrieron de ellos.

Los mágicos de Faraon tentaron reproducir este prodigio, mas no pudieron conseguirlo.

—«El dedo de Dios obra aquí, digeron al rey, pero aquel príncipe no quiso dar oidos á sus sabios consejos. Entonces Dios envió la cuarta plaga al Egipto. Cambió los mosquitos en pequeñas moscas de mala índole y peligrosas que causaron grandes males.

Faraon, asustado, hace llamar á Moises y Aaron y les promete dejarlos ir al desierto para hacer un sacrificio al Señor, si querian librarle de aquellas horribles moscas. Moises las hizo desaparecer; pero entonces no quiso Faraon cumplir su palabra.

—Comprendeis, niños mios, todo lo que tiene semejante

conducta de vergonzoso é irritante? Veis como ese príncipe en lugar de reconocer el poder de Dios en esos milagros que Moises y Aaron hacen por su voluntad, se endurece cada dia mas en su obstinacion criminal; despues para libertarse ruega á los mismos que oprime, les hace brillantes promesas; mas pasado el peligro, se endurece de nuevo; esta es la conducta de un hombre sin fé, sin honor, sin delicadeza, sin principios; es un carácter que se debe declarar infame, porque el hombre que falta á lo prometido, que se desmiente á sí mismo, y engaña á los otros, prueba por esto mismo lo poco que se respeta y cuan digno es del desprecio de todos.

El Señor viendo esta conducta de Faraon dijo á Moises:

—Preséntate á ese príncipe, y dale parte de mis designios. Quiero que deje mi pueblo libre para que vaya á ofrecermelo un sacrificio en el desierto. Si reusa obedecermelo, si lo retiene todavia, estenderé mi mano sobre sus campos, y los caballos, los jumentos, los camellos, los bueyes, las ovejas, experimentarán una peste muy grande.

«Todo lo que pertenece á los hijos de Israel será reservado, mi venganza solo caera sobre los bienes de los egipcios.»

Moises cumplió las órdenes del Señor, y como Faraon resistia siempre, estendió su vara sobre la tierra y todos los animales del Egipto cayeron sin vida, en tanto que los israelitas conservaron los suyos. Esta fué la quinta plaga que experimentó el Egipto.

Dios para continuar castigando á Faraon dijo á Moises.

—«Llena tus manos de la ceniza que hay en esta chimenea, y arrójala al aire en presencia de Faraon.

Moises hizo lo que el Señor le ordenaba y volviendo á caer la ceniza sobre los hombres y los animales los llenó de llagas, de tumores y de enfermedades horribles.

III.

EL GRANIZO.—LAS TINIEBLAS.—LA MUERTE DE LOS PRIMOGÉNITOS.

No habiendo esta sesta plaga movido al rey de Egipto, resolvió Dios castigarle mas severamente todavia, dijo á Moises:

—Ve á buscar á Faraon y anunciarle que voy á derramar todos los males sobre su corazon, sobre sus servidores y su pueblo, á fin de que sepa que ninguno hay semejante á mí en el universo.

«Estendiendo la mano heriré á él y á su pueblo y si quiero perecerán.»

«Yo lo he puesto para hacer brillar mi omnipotencia y

mostrar al mundo la gloria que me rodea, y él se atreve á retener mi pueblo.»

«Dile que mañana haré llover sobre él un horroroso granizo, tal como no se ha visto otro igual en el Egipto, desde que está habitado.»

«Como no quiero que padezcan los israelitas, envía desde ahora alguno al campo á fin de hacer recoger vuestros ganados, porque todo lo que poseéis los hombres y los animales y todas las cosas que se encontrarán fuera, y que no se habrán retirado de los campos, morirán destruidos por el granizo.»

Los que entre los súbditos de Faraon temieron los efectos de la venganza de Dios se dieron prisa á seguir el aviso que se les había dado. Entonces Dios dijo á Moises:

—«Estiende tu mano hácia el cielo, á fin que caiga una granizada espesa que ofenda á los hombres, los animales y hasta las plantas del Egipto.»

Moises extendió su vara, y el Señor hizo caer entre rayos y truenos una granizada que asoló todo el Egipto.

Los hombres y los animales que se encontraban en el campo cayeron aniquilados. La yerba de los campos fué cortada y los árboles se rompieron.

Los hijos de Israel, que habitaban en el país de Gessen, fueron solos reservados.

Faraon envió á buscar á Moises y Aaron.

—«Yo tambien he pecado esta vez, les dijo, y el Señor es justo; hemos merecido mi pueblo y yo el castigo con que nos aflige. Mas rogad al Señor por nosotros, rogadle que haga cesar este granizo y esta tormenta que destruye el Egipto.»

—«Cuando yo haya salido de la ciudad, respondió Moisés, levantaré mis manos hácia el Señor, y las tormentas cesarán y el granizo no caerá mas, á fin de que veais por ese medio que todo aqui en la tierra pertenece á Dios.»

Moises salió en efecto, y habiendo levantado sus manos ácia el cielo, apaciguó las tempestades que esparcian la desolacion.

Faraon, inspirado por el genio del mal, reusó todavia dejar partir á los israelitas. Entonces el Egipto se cubrió de langostas que devoraron todo lo que el granizo habia reservado en los campos. Las flores, las mieses desaparecieron arrancadas por ellas.

Despues de esta octava plaga que afligió al Egipto, el Señor envió la novena. Una obscuridad completa, tinieblas espesas envolvieron á los egipcios; que no podian entre sí reconocerse, mientras los lugares habitados por los israelitas se encontraban alumbrados por el sol.

El Señor dijo en seguida á Moises:

—«No enviaré contra Faraon y el Egipto mas que una sola plaga, y despues de esto os dejará partir, y os instará tambien para que salgais del pais.

«Como quiero que mi pueblo reciba el premio de sus trabajos y una indemnizacion por lo que ha sufrido, es menester que cada uno de los varones pida á su vecino, y cada muger á su vecina, vasos de plata y de oro.»

Como Moises habia llegado á grande altura en la consideracion de todo el Egipto á causa de los milagros que habia hecho, fue fácil á los hebreos tomar prestados estos objetos.

Moises se presentó delante de Faraon y le dijo:

—Puesto que las pruebas que yo os he dado del poder de Dios no han podido iluminar vuestro corazon, escuchad lo que me ha dicho; yo os heriré en vuestros mas caros afectos.

Cuando haya venido la noche, saldré, recorreré el Egipto, y todos los primogénitos de los egipcios, es decir el hijo mayor de cada familia, empezando por el vuestro, que está sentado á vuestro lado sobre el trono, hasta el de la esclava que anda la rueda en el molino, y hasta los primeros nacidos de los animales morirán inmediatamente.

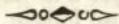
Un grande clamor se levantará en la tierra de Egipto.

Mas los hijos de Israel, desde los hombres hasta los animales, permanecerán sosegados y tranquilos, y no se oirán siquiera los ladridos de un perro.

Entonces todos vuestros servidores vendrán á adorar al Señor y dirán: salid, vosotros y el pueblo de Israel.



EL RUISEÑOR Y LA VIOLETA.



FÁBULA.



*El mérito verdadero se revela
por sí mismo á pesar de la modestia.*

¿Cuál es el pájaro humilde
De obscuro pardo plumaje
Que nunca á la fuente clara
Va á ver retratar su imagen,
Y en lo intrincado del bosque
Su amoroso nido hace
Y solo y meditabundo
A un fantasma semejante
Huye de la luz del día
Y en las noches se complace
Poblando con su armonía
Y con sus trinos el aire?



¿Y cuál es la humilde flor
Que oculta en el suelo nace
Y en el silencio y las sombras

Llena de aromas el aire.
Oculta siempre á la vista
Entre el frondoso follage
Y temblando que la huelle
El que cerca de ella pase.

Cuyos sombríos colores
Tienen el mas vivo esmalte
Y anuncio de primavera
Siempre de ella va delante?

El ave es el ruiñeñor

La violeta es la flor!

Precisa es la noche obscura
Para la modesta ave,
Y es necesario á la flor
El que la cubra el follage,

Como á las gracias el velo
De su ligero ropage.....

Mas de las dos se revela

A su pesar el realce,

El viento llevando lejos
De la flor el perfum suave,
Y los ecos repitiendo
Del ruiñeñor los cantares.

Y el pasajero se inclina

Y busca con mil afanes

La modesta violeta

Que entre las verduras yace.

Y se detiene extasiado

Oyendo trinar el ave

Cuyos gorgoros remedan

A los cantares de un angell!

M.

